



ESTUDIO 1293

MANIFESTANDO LA PRESENCIA DE CRISTO

Si nos preguntan, a cualquier cristiano, si amamos a Cristo, lo más probable es que nuestra respuesta sea: “¡Sí, por supuesto!” ¿Qué creyente respondería de otro modo? Pero a la luz de la Palabra de Dios, no bastan las palabras. Jesús dijo que hay dos evidencias que revelan el amor que los creyentes tenemos por Él. Y si éstas dos no están definidas con claridad en nuestra vida, entonces nuestro amor por Cristo es sólo de palabra, no de hechos y en verdad. Esas dos evidencias son: (1) *Obediencia a los mandatos de Cristo*; y (2) *la manifestación de la presencia de Cristo en nuestra vida*. “*El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él.*” Juan 14:21

Sabemos lo que significa guardar los mandamientos de Jesús, pero ¿qué significa que Él se “*manifestará*” a nosotros? Manifestarse significa mostrarse; en otras palabras, hemos de convertirnos en un instrumento o canal que irradie la presencia del Señor. La vida de nosotros los cristianos debe tener ciertas características para manifestar Su presencia. Con demasiada facilidad olvidamos que ahora nuestro cuerpo es Su templo: “*¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, ...?*” 1 Corintios 6:19. Y si Su gloria viene, debe aparecer en nuestro corazón y llenar nuestro cuerpo. El Señor no habita en edificios o en un determinado lugar; en realidad, ni siquiera los cielos pueden contenerlo. Más bien se manifiesta por medio de nuestro cuerpo *obediente y santificado*, que es templo suyo: “*...Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo.*” 2 Corintios 6:16

Debemos entender que Jesús no se manifestará a quienes decimos que tenemos amor por Él, pero no le obedecemos. Donde se encuentra la presencia de Cristo, siempre veremos por lo menos cuatro claras manifestaciones entre nosotros:

1. El pueblo de Dios manifiesta una profunda e impactante convicción de pecado

Donde quiera que hayamos vasos santos que encarnemos la presencia viva de Jesucristo con corazón obediente, y donde quiera que haya personas que albergan pecado en sus vidas haremos una de dos cosas: ¡O caeremos de rodillas para confesarlo o saldremos corriendo para escondernos! Cuando no existe la convicción de pecado en nuestra vida, nos encontramos en gran peligro, porque nos hemos convertido en personas insensibles a la presencia de Dios. Es en su Santa presencia que aprendemos a aborrecer el pecado y a andar en el temor de Dios. Recordemos que si no obedecemos a Cristo será porque en realidad no le amamos y de ese modo Él no se manifestará a nosotros.

Es muy importante entregarnos por completo, decir que verdaderamente le amamos obedeciendo a Su palabra.

2. El pueblo de Dios manifiesta el poder para destruir el pecado

“*Levántese Dios, sean esparcidos sus enemigos, y huyan de su presencia los que le aborrecen. Como es lanzado el humo, los lanzarás; Como se derrite la cera delante del fuego, Así perecerán los impíos delante de Dios.*” Salmos 68:1-2

Este pasaje es una descripción de lo que debería pasar cuando nos encontramos a solas con el Señor en nuestro aposento de oración. La presencia sobrecogedora y manifiesta

de Él es como un huracán que se lleva la suciedad y el humo de la maldad. Como un ardiente fuego, derrite toda dureza. La maldad desaparece en la presencia de Dios. Nunca podremos experimentar la presencia real de Cristo hasta que cada uno tengamos dentro de nosotros un creciente aborrecimiento por el pecado, una profunda convicción de nuestras propias faltas, y una sensación cada vez más honda del pecado. Los que no tienen la presencia de Cristo estarán cada vez menos convencidos de pecado. Y cuanto más se alejen de Su presencia, se volverán más descarados, más arrogantes y más cómodos con el mal.

¡Qué peligroso es que estemos sentados entre las personas de Dios que irradian Su presencia, a quienes Cristo se nos revela con poder, y no ser transformados! ¡Qué fatal es que no veamos la fealdad del pecado, la enfermedad del corazón! La gloriosa presencia de Dios nos trae convicción de pecado y transformación en nuestra vida.

3. El pueblo de Dios manifiesta un Espíritu de Santidad

La verdadera santidad tiene un espíritu que actúa respaldándola. Dondequiera que se encuentre la presencia de Cristo operando en Su pueblo, descubrirá en los cristianos mucho más que obediencia, separación del mundo y abstención de las cosas malas. Encontrará un espíritu de obediencia. Los creyentes que nos deleitamos en complacer al Señor tenemos un espíritu que se deleita en Él y que automáticamente lo atrae hacia la luz. Los creyentes en santidad no tememos a la presencia de Dios. Más bien invitamos a esa luz deslumbrante, porque llevamos dentro un espíritu de santidad que clama: “¡Quiero que todo lo que está oculto salga a la luz! Quiero ser tan parecido a Cristo como sea posible para un ser humano en esta tierra.” Este tipo de siervos corremos hacia la luz, y cuando nos entregamos, la luz de la presencia del Señor nos convierte para Él en pura gloria.

Cuando la presencia de Jesús se manifiesta en nuestra vida, saca a la superficie todos nuestros secretos y expone todas las cosas ocultas. El verdadero pueblo de Dios abandonamos toda oscuridad y nos convertimos en libros abiertos que podemos ser leídos. No obedecemos por deber o por temor, sino porque dentro de cada uno de nosotros los creyentes habita un espíritu de obediencia. Nos deleitamos en el gozo de Cristo, regocijándonos en que Su corazón se regocije. Esa es la verdadera santidad.

4. El pueblo de Dios manifiesta un exuberante y muy grande gozo

“Me hiciste conocer los caminos de la vida; Me llenarás de gozo en tu presencia.” Hechos 2:28 ¿Alguna vez nos hemos preguntado cómo era Jesucristo día tras día? ¿Cómo eran Su corazón y Su actitud? ¿Se veía aplastado por todas las cargas que llevaba? ¿Lloraba mucho? ¿Había en Su presencia una solemne pesadez?

Sí lloraba, y sí soportaba pesadas cargas. En Getsemaní sudó gotas de sangre, y en otras ocasiones gemía y suspiraba por la incredulidad de los demás. Pero la Palabra nos da entender que Cristo era una persona alegre. *“Me mostrarás la senda la vida; En tu presencia hay plenitud de gozo; Delicias a tu diestra para siempre.” Salmos 16:11* ¡Su presencia nos inunda de alegría! ¿Cómo podemos hacer otra cosa sino alegrarnos cuando hemos sido librados del infierno, hemos recibido la promesa de la vida eterna, se nos ha infundido confianza en medio de todas las dificultades que hemos tenido aquí en la tierra, y tenemos Su presencia manifestada ante nosotros? Hay ocasiones en que debemos estar quietos y conocer que Él es Dios. A veces el Espíritu Santo hace surgir dulces y melodiosas alabanzas de amor a Cristo, pero en otras ocasiones nos llevará a hacerlo con júbilo. *“Aclamad a Dios con alegría, toda la tierra.” Salmos 66:1; “Cantad con gozo a Dios, fortaleza nuestra; Al Dios de Jacob aclamad con júbilo.” Salmos 81:1*

El pueblo de Dios experimentamos un gozo tremendamente grande cada vez que se nos manifiesta la presencia de Cristo.

El Señor desea que cada uno de nosotros manifestemos la presencia de Su hijo amado en nuestra vida, si realmente queremos y tenemos hambre de Jesús, manifestaremos Su presencia.